LITERATURA ESCRITA POR MUJERES

EL CAUDAL DEL AYER

Erika Villalobos Torrijos¹

Universidad Nacional Autónoma de México

Fecha de recepción: 21/01/2021

Fecha de aceptación: 31/10/2021

Lucila estaba recargada en el barandal oxidado desde donde podía ver el río. Ese lugar se había convertido en su segunda casa desde que tenía memoria. Ahí ella había paseado de niña con sus padres, jugó con sus amigos, dio su primer beso e incluso su difunto esposo le había propuesto matrimonio treinta años atrás.

Durante años Lucila gustó de pasar sus mañanas, sus tardes, y a veces sus noches, observando el río, recordando que alguna vez había sido joven, que había tenido un cómplice de vida con quien se había casado y había sido dichosa.

Con frecuencia Lucila revivía la tarde de treinta años atrás, era su día favorito, y con gusto habría vivido en ese día para siempre. Policarpo, en ese entonces su novio, la había llevado al puente por la mañana con el pretexto de mostrarle el nuevo barandal que el gobernador había instalado, el cual representaba todo un progreso para el pueblo terregoso y abandonado donde vivían, sin embargo, parados en medio del puente el río se veía cristalino, puro, nadie podría ensuciarlo. Entre plática y plática la tarde había llegado. Después de varias horas de devaneos Policarpo se veía nervioso, Lucila estaba cansada de tanto parloteo. De repente, Policarpo tomó la mano de Lucila y le pidió que fuera su esposa, que tuvieran una vida llena de dicha. Ella dijo que sí sin vacilar, y desde ese entonces el puente, el barandal y el río habían sido un paraíso para Lucila.

¹ Maestra en la Universidad Nacional Autónoma de México (México); erikavillalobost@gmail.com

Raudem, Revista de Estudios de las Mujeres. Vol. 9, 2021. ISSN: 2340-9630

<https://doi.org/10.25115/raudem.v9i1.4516>

© Published under Creative Commons BY-NC-ND 4.0

Al transcurrir los años Lucila había sido testigo de los cambios del caudal, a veces alto y furioso, a veces tranquilo y amoroso. El río, a su vez, había sido testigo del paso del tiempo en la vida de Lucila. Cuando Natalia, la hija de Lucila, nació fue llevada al puente y desde pequeña Natalia aprendió que ese lugar era especial para su madre, así que para ella fue un lugar donde podía soñar, pensar en su futuro y en el que se sentía segura.

Cuando Policarpo, el gran amor de Lucila, murió a causa de una gripe que no había sido atendida a tiempo, Lucila recurrió a su lugar, y ahí, en medio de un llanto lacerante y maldiciones hacia la vida, encontró paz.

La vida transcurría, el tiempo seguía su curso y todo cambió. Lucila envejecía un poco más cada día, mientras que Natalia era una joven que florecía tan rápido como el cabello de Lucila se volvía gris. A su vez, el río había enmagrecido, su agua era oscura, y olía a putrefacción. El puente lleno de suspiros se convirtió en un lugar peligroso, por el que ya nadie podía pasar por miedo a ser asaltado o algo peor. Lucila se vio forzada a abandonar su lugar sagrado poco a poco hasta que un día fue imposible caminar sobre el puente que había sido su refugio.

Hace pocos meses, Lucila recibió una llamada en plena noche. Una voz fría de burócrata indiferente le pidió que fuera al río, se trataba de Natalia. Cuando Lucila llegó, fue a pararse en su lugar favorito en medio del puente; se recargó en el barandal oxidado, y desde ahí logró ver el cadáver de Natalia. Estaba sucio, desnudo, mutilado.

Lucila ya nunca más pasará sus mañanas, sus tardes, ni sus noches observando el caudal que ahora trae basura y muerte. Ya nunca más recordará que en sus ayeres fue feliz, inmensamente feliz.